

Del lector suscriptor al consumidor ocasional. Publicaciones periódicas argentinas y desarrollo del mercado editorial en el siglo XIX.

Diego Labra.

Cita:

Diego Labra (2013). *Del lector suscriptor al consumidor ocasional. Publicaciones periódicas argentinas y desarrollo del mercado editorial en el siglo XIX. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/341>

Número de la Mesa Temática: 42

Título de la Mesa Temática: *Las publicaciones periódicas en América Latina y su recepción en el campo social y político*

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Dr. Fabio Moraga, Lic. Alejandra de Arce, Dra. Marcela Aranda

DIME COMO LEES Y TE DIRÉ COMO VIVES. HACIA UN ESTADO DE LA CUESTION E HIPÓTESIS DE TRABAJO EN LA HISTORIA DE LA LECTURA Y LA “LITERATURA MENUDA” PARA LA ARGENTINA DEL SIGLO XIX.

Diego Labra

UNLP/CISH

diegolabraunlp@yahoo.com.ar

Esta ponencia no pretende ser más que la primera prueba, un diagnóstico, de un proyecto que está en tempranas etapas de gestación. Construida a partir de una propuesta de investigación para el ingreso al Doctorado de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de la Plata, más algunos materiales que hemos trabajado desde entonces, el texto que continua está compuesto, mayoritariamente, por un estado de la cuestión en constante crecimiento.

El estado del arte está separado en dos sub ítems: en un primer momento se reseña las corrientes de la historia de la lectura como se desarrollaron en Europa hacia comienzos de los años '80. Luego nos introducimos en lo escrito localmente, reciente y en constante producción. Más adelante ajustamos la mirada hacia la problemática más específica de mi proyecto, las publicaciones periódicas, enmarcadas en el periodo de mi propuesta, esto es

entre 1810 y 1870. Se justificará aquí tanto el porqué de las fuentes escogidas como del recorte cronológico.

Por supuesto que no puede existir un estado de la cuestión sin un problema que guíe la selección de bibliografía. Sobre el final de la exposición, pretendemos adentrarnos en territorio más teórico, bosquejando la propuesta para sostener el trabajo de fuentes, así como de las hipótesis de trabajo que guían la labor investigativa.

Cuando elegimos adjetivar al estado de la cuestión como “en constante crecimiento”, sólo en parte es referencia a un trabajo en proceso. También creciente, en forma exponencial podríamos decir, es el interés que ha sostenido en los últimos años todo lo relacionado al tema que nos compete hoy aquí en esta mesa, las publicaciones periódicas, y más en general, el impreso como objeto cultural (sea sus prácticas de lectura, su edición, su efecto sobre el mundo de las ideas). Una mirada al apartado bibliográfico de esta misma ponencia es prueba de este punto. Lo que es más, la organización de estas Jornadas y sus pormenores son también evidencia de un creciente interés de los historiadores en específico en los impresos como aparatos culturales. No sólo la oferta de mesas presenta varios nichos para trabajos de esta índole, sino que la recepción de candidatos en esta misma mesa superó las expectativas. Esta es una de las razones por la cual elegimos presentar esta versión tan preliminar de una investigación. La socialización de nuestro conocimiento, por inmaduro que sea aún, en un ambiente tan propicio sólo puede ser beneficiosa, para esta investigación y para el desarrollo de la temática en general.

Hacia un estado de la cuestión: La nueva Historia del Libro, o Historia de la Lectura.

Al comienzo de toda investigación siempre hay un interés, una preocupación vaga que sólo luego del relevamiento de texto se transforma en un problema definido. En este caso, lo que generó este primer momento de intriga intelectual fue la introducción a la llamada Historia de la Lectura. Aunque en este aspecto, no estamos solos. Es cada vez mayor la influencia que esta perspectiva, junto con otras nacidas en las vísperas de la

muerte de las grandes teorías generales hace ya casi medio siglo, ejerce sobre el trabajo de los historiadores. Que sea una corriente de marcado ascendente francés, por la nacionalidad de sus autores como por la genealogía de sus elecciones filosófico-metodológicas, aunque como en el caso de Darnton sea por adopción y no nacimiento, sólo facilita el romance con nuestra academia, la cual carga aún con las tendencias francófilas de su origen.

Como configurada en su forma actual, podemos decir que la Historia de la Lectura data de las décadas del '70 y '80, forjada mediante trabajos como los ya clásicos *El queso y los gusanos: El cosmos, según un molinero del siglo XVI* de Carlo Ginzburg, publicado en su idioma original 1976 y *La gran matanza de gatos: Y otros episodios en la historia de la cultura francesa* de Robert Darnton en 1984. Pero sumergirnos lo suficiente en las raíces de la disciplina, en busca de aquello que la define y le da identidad propia, implica retroceder aún más, hasta la Historia de Libro.

Si bien podría decirse que la preocupación por el libro como objeto histórico nace con la vocación erudita de los humanistas del Renacimiento, “la nueva tendencia se desarrolló durante la década de 1960 en Francia”, donde “los nuevos historiadores del libro llevaron el asunto a los confines de los temas que estudiaba la “escuela de la revista *Annales*” de historia socioeconómica” (Darnton, 2010: 118). Desde el comienzo estuvo imbuida por inclinación interdisciplinaria por cuanto “surgió de la convergencia de varias disciplinas en un conjunto de problemas comunes, todos ligados al proceso de la comunicación” (117). Su preocupación no eran ya los volúmenes raros sino “los libros más comunes y corrientes”, que esperaban, permitieran acceder al mundo de los “lectores comunes y corrientes” (119), direccionando el interés a casos ignorados, y hoy tan importantes, como la *bibliothèque bleue*. Un hito de esta etapa es *La Aparición del Libro* de Febvre y Martin en 1958.

Pero por ningún motivo este impulso se vio restringido al universo académico francoparlante. “El ejemplo” francés se propagó rápidamente, “reforzando las tradiciones locales, como los estudios sobre la recepción en Alemania y la historia de la imprenta en Inglaterra” (119). Las reuniones derivaron en congresos y publicaciones especializadas, al punto que “en el breve lapso de dos décadas, la historia del libro se volvió un campo de estudios rico y variado” (120). Tanto que diferentes intereses e improntas metodológicas

degeneran en sub disciplinas completas. A la hora de trazar definiciones groseras, sin embargo, podemos decir que la historia del libro sigue siendo primordialmente un trabajo de cifras, cuadros y modelos, parte de la “tradicción vigorosa de la historia social cuantitativa” francesa (Darnton, 2003: 192).

En “De la historia del libro a la historia de la lectura”, uno de los escritos más programáticos dentro de la disciplina, Chartier (1994) separa las dos disciplinas nombradas en el título caracterizando a la primera como preocupada por lo cuantitativo, las series de libro. La segunda piensa los aspectos cualitativos, lo referido a las prácticas, y en lugar de las series se detiene en el libro mismo como objeto, su diagramación y formato, “lo que está dentro de las cubiertas”. Nutriéndose de disimiles influencias, desde la teoría literaria y de la recepción de un Wolfgang Iser o un Hans Jauss, a filosofía epistemológica de Michel De Certeau, y presupuestos antropológicos de trabajo, como los heredados por Darnton de su maestro Clifford Geertz, la historia de la lectura fue construyendo su objeto de estudio. Después del trabajo de los historiadores del libro, que los ha hecho “capaces de dar respuesta a muchas de las cuestiones sobre el “quién”, el “qué”, el “dónde” y el “cuándo””, la historia de la lectura intenta “atacar los más difíciles “porqués” y “cómos”” (Darnton, 2003: 192).

En el centro del problema aparece la figura del lector, determinado hasta cierto punto por la materialidad que caracteriza al texto, sea manuscrito o impreso, pero con mayor agencia de la que se le atribuía anteriormente. En “El lector como un cazador furtivo” (De Certeau, 2000), tan caro a Chartier, el autor imagina a quien lee como sobreviviente en los desolados páramos del texto. En una dialéctica de la construcción mutua, quien se acerca a un escrito se encuentra con la realidad de lo que se haya impreso, lo que el texto es, pero sobre esta base tiene libertad de diagramar estrategias, construir sentidos. En una vena similar, Jauss (1981) propone con su “estética de la recepción” que cualquier análisis literario que emprenda su tarea sobre un texto sin tener en cuenta a los lectores y su “horizonte de recepción” es un intento trunco. El lector es una parte más del circuito de significación del texto.

Desde esta perspectiva, lugares comunes historiográficos son deconstruidos. Chartier (1994) despoja el pasaje de la cultura manuscrita a la cultura impresa de su

impronta revolucionaria, poniendo las herencias, la forma, la organización interna, etc., por sobre las rupturas. “La revolución del *leer* precede por tanto a las revoluciones del libro”, dice. Asimismo, la relación entre lo impreso y lo manuscrito no es de llano reemplazo, sino de coexistencia a lo largo del Antiguo Régimen. El “antiguo régimen tipográfico” sostenido por el tacaño capital mercantil de cortas tiradas y poca propensión a la innovación tecnológica se sostiene de hecho hasta comienzos del siglo XIX.

Una primera ruptura, técnica, llega en 1830 con la primera industrialización de la fabricación de libros. La segunda ruptura es la aparición de una nueva clase de lectores hacia mediados del siglo, como resultado de un amplio proceso de alfabetización que llevo a cabo principalmente (pero no exclusivamente) la escuela del Estado. El símbolo de este cambio es la masificación del periódico, de la mano del ferrocarril. Quedan configurados así tres modos de edición: la edición como hacer público, antes de la imprenta; el “antiguo régimen tipográfico”; y la edición moderna, separada del comercio de librería, con su hito de nacimiento en 1830. Se inicia una era de constante crisis de la edición, y de cada crisis nacen innovaciones: los fascículos periódicos ampliamente ilustrados, los manuales escolares y literatura de estación, la transformación de los editores en casas editoriales.

A la par, y en relación con, cambia la práctica de la lectura. De oral a silente, de publica a privada, que no extingue por cierto los espacios públicos de lectura, y desde el modo culto al modo “popular” de leer. Infamemente, Engelsing llegó a hablar incluso de una “revolución en la lectura a finales del siglo XVIII” para el caso alemán (Darnton, 2010: 177; Wittman, 2011: 354). Lo cual no es una acusación leve si se tiene en cuenta que esto podría llegar a implicar que “el Antiguo Régimen no recibe en Alemania el tiro de gracia de manos de los jacobinos, sino de los lectores” (Wittman, 2011: 353). Posturas como estas prueban lo amplio y significativo del campo que abre la historia de la lectura para comprender los procesos de cambio humano.

Los cambios en las prácticas de la lectura no se dieron en el vacío, todo lo contrario. Esta transformación, que ya de por sí puede reconocerse sin mucho trabajo como influido por transformaciones tecnológicas, sociales y políticas, a su vez impacta en estos mismos procesos, pudiendo ponerse incluso en el ojo de la tormenta que fue el siglo XIX. La lectura moderna, o sea extensiva y privada, se configura y disemina al mismo ritmo que la

burguesía lo hace. El lector y el impreso tienen un lugar protagónico en la crónica que Habermas (2006) hace de la transformación del espacio público en los siglos XVII, XVIII y XIX. El público, lector pero también concurrente a teatros y conciertos, se convierte en el actor de la historia, el constructor de la opinión pública. Y es en los consumos culturales que busca "...experiencias, en las que un público apasionado, tematizador de sí mismo, busca entendimiento e ilustración..." (81). Arfuch (2002) encuentra en la publicación de la "narración exacerbada de la intimidad" (42) en las *Confesiones* de Rousseau un punto de llegada en el proceso de la construcción del individuo.

Lo que es igual de importante es acercarnos a estos grandes problemas desde el lugar y metodología de la historia de la lectura. Poniendo en tensión el "...leer y vivir, crear textos y dar sentido a la vida...", que según Darnton "estaban mucho más relacionados en la Edad Moderna de lo que lo están en la actualidad" (2003: 191); acercándonos desde la práctica, la menor escala y el mundo íntimo a cambios que transformaron la historia del hombre, quizás podamos permanecer alerta al reclamo por la vida que hace dos siglos Nietzsche imputó a los historiadores de su época.

Hacia un estado de la cuestión: Historia de la lectura en Argentina.

Como ya dijimos arriba, la historia de la lectura es una corriente reciente dentro de la historiografía. Más si tenemos en cuenta los inflados tiempos de la traducción, la negociación de derechos de edición internacional, etc.; todos los pasos necesarios para que las teorías y metodologías arriben a la academia local. Esto no quiere decir, de ningún modo, que no haya habido desarrollos autóctonos dentro del estudio de los impresos. Si significa que para encontrar estudios sobre el caso argentino en los que aparezcan citados a pie de página Darnton y Chartier habrá que esperar hasta mediados y fines de los años '90. Las características de la producción nos llevan, en la necesidad de encontrar sustento bibliográfico para nuestro trabajo, a navegar entre obras que no son específicamente de historia de la lectura, pero que abundan en el mismo mundo, aunque no conceptual sino material, especialmente historias del libro o del mercado editorial.

Sólo a mitad de la década pasada, cuando comenzó a escribir la generación de historiadores para quienes el lector como sujeto histórico es tan común como el obrero, la producción de historiografía desde esta perspectiva realmente comienza a despegar. Hace tan poco como 2005, Parada podía escribir con razón que si bien la corriente estaba ganando fuerza, lo hacía más desde la mano de bibliotecólogos como él, que historiadores. Llamaba especialmente la atención a que cuando se nombraba la historia de la lectura, o la cultura en general, se la reducía a un capítulo en un manual, en lugar de darle espacio como un factor explicativo en todo su derecho (9 y 10). Para expresar esta preocupación, el autor recupera una cita una entrevista a Chartier. "...No es la cultura la que sería un capítulo de la historia del Estado-nación, sino que ella misma puede definir la especificidad que sustenta la construcción de ese Estado-nación" (1999: 97).

A la hora de rastrear los primeros pasos en el estudio de libro en Argentina y América, casi todos los autores se detienen a reconocer el arduo trabajo de los historiadores y bibliotecólogos de en la primer mitad del siglo pasado que quedó plasmado en obras pioneras como *Biblioteca hispano-americana 1493-1810* de José Toribio Medina (1898-1908), aportes de Ricardo Levene como *El fundador de la biblioteca pública de Buenos Aires* (1938), *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española* de José Torre Revello (1940), *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica* de Guillermo Furlong Cardiff (1944), y *Los libros del conquistador* de Irving A. Leonard publicado en inglés en 1949 y en español en 1953. También son a menudo citados *La edición de libros en la Argentina* (1964) de Raúl H. Botaro y *Desarrollo de la industria editorial argentina* de Eustasio Antonio García (1965), dos títulos más centrados en tratar la industria editorial en el presente (en que fueron escritos). Más bien ligeros en datos históricos, son ricos en los detalles más técnicos de la edición como se presentaba hacia los años '60.

Quizás el título más importante de esta época de los estudios librerías, por lo menos a las necesidades de historiadores actuales, es la obra de Domingo Buonocore, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino*, que data de 1947. En él, el autor recuenta en forma pormenorizada el desarrollo del negocio editorial desde antes de la Revolución de Mayo hasta el momento en que es escrito libro,

creando un verdadero quién es quién del mundo de la edición argentina del siglo XIX. Se puede decir que el análisis ensayado por Buonocore hoy no pasaría por mucho más que una compilación de anécdotas, así como también es notoria la influencia que la coyuntura histórica y la posición política del autor tuvieron en la creación del trabajo. Rivadavia y Mitre aparecen como patrones de la imprenta, Rosas un heraldo negro de la ignorancia que logro parar el desarrollo editorial de todo el país por los años que duro su tirano reino.

Pero esta obra, así como las otras citadas más arriba, son verdaderas herramientas para quien se quiera dedicar hoy a la historia de la lectura. No sólo proporcionan una detallada cronología sobre la cual trabajar, sino que encierran en sus páginas cientos de referencias a posibles alimentar una investigación. Por esta misma razón aún hoy son invocados en los estados de la cuestión, más de cincuenta años de que fueran publicados. Se podría decir, incluso, que al día de hoy el libro de Buonocore sigue siendo el trabajo sobre el mundo del libro decimonónico en Argentina que maneja mayor caudal de fuentes.

Tanto es así, que cuando Leandro De Sagastizabal debió realizar el estado de la cuestión para *La edición de libros en la Argentina. Una empresa de cultura* en 1995, debe admitir que encontró “luego de una ardua búsqueda sólo tres libros que traten específicamente el tema, y su edición original ya data de tres décadas” (15). Se está refiriendo a los citados Botaro, García y Buonocore. Más escuetos hubieran sido los resultados si hubiese hecho de su objetivo encontrar escritos que refirieran al mundo de los lectores decimonónicos. Pero este panorama comenzaría a cambiar en la década siguiente. La interdisciplinariedad innata de estas cuestiones hizo que los aportes llegaran desde varios flancos, principalmente los departamentos de Letras y Bibliotecología, además de los de Historia. Desde historiadores con sensibilidad cultural a bibliotecólogos que comenzaron a trabajar bajo el presupuesto de que conocer al libro requería necesariamente conocer al lector.

Algunos de los nombres que más se repiten en los apartados bibliográficos, que como ya se señaló más arriba pueden entrar de lleno en la historia de la lectura así como tocarla transversalmente, son el ya nombrado Leandro de Sagastizábal (1995, 2002); Sandra Szir; José Mariluz Urquijo (1999); Susana Zanetti, autora de *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina* (2002); Graciela Batticuore, autora entre

otros del libro *La mujer romántica: Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* (2005); María Beatriz Gentile (2002); y las pioneras María Ángeles Sabor Riera (1990) y Daisy Rípodas Ardanaz (1999). Si bien escapa tanto en marco cronológico como en interés metodológico con respecto a nuestro trabajo, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000* (2006), compilación dirigida por José Luis De Diego, no puede ser ignorado por su intento de encarar el mundo del libro argentino con una vocación estructural y de largo aliento.

Lo novedoso de la producción, característica que se ha repetido incesantemente en la ponencia, puede ser probada en prometedores escritos dispersos de autores jóvenes quienes se introducen con fuerza en la búsqueda por el lector decimonónico argentino. El artículo *A la búsqueda de lectores: El Telégrafo Mercantil* (2010) de Pablo Martínez Gramuglia y el capítulo *Un puro vegetal. Representaciones de la lectura en el Semanario de Agricultura, Industria y Comercio (1802-1807)* (2008) de Matías Maggio Ramírez son prueba de una gran sensibilidad y una lectura innovadora a la hora de sonsacarle a la fuente al lector en ella está implícito. El artículo María Eugenia Costa, *De la imprenta al lector* (2009), en la profundidad y alcance de su presentación del panorama de la historia de la lectura, posee gran potencial programático.

Nos detendremos con un poco más de detalle sobre dos obras que se presentan como referencias obligadas a nuestro trabajo, no tanto en el material específico que manejan, lo cual cubriremos en el próximo apartado, si no por su propuesta teórica y metodológica que logra darle verdadera encarnadura a los lectores. Paradójicamente, ninguno de los dos es historiador. Alejandro Parada ha estado escribiendo sobre el mundo del libro decimonónico argentino por más de quince años, publicando *El orden y la memoria en la librería Duportail hermanos: Un catálogo porteño de 1829* (2005), *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)* (2009) y *El dédalo y su ovillo: Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina* (2012, entre otros. Pero en donde más se acerca a la historia de la lectura es en *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina* (2007).

Antes una colección de artículos que un estudio único, el libro de Parada se encarga en cada capítulo de echar un poco de luz al mundo de los lectores argentinos desde los comienzos de la andadura independiente hasta bien entrado el siglo XX. El autor se atiene de esquematizar a sus sujetos de análisis prefiriendo pintar una imagen más compleja. En el siglo XIX, nos dice, “...los porteños eran lectores que participan de dos mundos. En sus lecturas convivieron la tradición y el cambio, lo conservador y lo revolucionario, la continuidad y la innovación, en una dinámica y rica relación” (57). Otro acierto es que, aunque es un claro deudor de Chartier, quizás en su vocación de bibliotecólogo nace la necesidad de aclarar que “el libro antes de ser un bien espiritual y cultural es, ante todo, una mercancía”. Después de todo “la economía regula al libro aún antes que la lectura misma” (88).

Parada no se aproxima a una época o problema con el fin de cerrar una explicación sino de introducir a la exploración. Cada uno de estos intentos no cierra tanto el panorama con respecto a la lectura y sus sentidos, sino que cada capítulo abre perspectivas de análisis, que esperan ser retomadas por otros. Cada fuente y testimonio son presentados como posibilidades, usinas de trabajo que aún están lejos de haber sido agotadas. Y ese es el mayor fuerte del libro, marcar camino de futuras investigaciones. En particular marca nuestro rumbo en su arenga por la “necesidad” de estudiar la “literatura menuda”, refiriéndose a proclamas, anuncios oficiales, propaganda y hojas sueltas, “ya que la heterogénea variedad de documentos influyó y atravesó diagonalmente a la mayoría de los sectores sociales, creando así un conjunto de apropiaciones impresas comunes a todos” (72). Como exacto anverso de su mayor atributo, la debilidad del libro se encuentra que muchas veces este carácter abierto de los capítulos es derivada de problemas heurísticos. Es cierto que las fuentes no son abundantes a la hora de intentar entrar al mundo mental de los lectores, especialmente de las clases populares, pero Parada en algunas ocasiones puede incurrir en quejas que antes de propiciar la búsqueda y trabajo llevan a la parálisis.

El otro caso a resaltar es *Comunicación y Revolución 1759-1810. Esfera y espacio público rioplatense. Periodismo/censura/prácticas y ámbitos de lectura* (2012) de César Díaz. Este es un trabajo tan completo como complejo, donde se recurre a las herramientas que provee la historia de la lectura no para dar con el lector por si solo, sino porque a través

de él se intenta tener acceso a la construcción del espacio de opinión pública, lo “comunicacional”, en el mundo colonial tardío. Este acercamiento, lejos de convertirse en un factor de desinterés para nosotros, es el mayor fuerte del estudio. No sólo obliga al autor a cavar profundo en las fuentes sino que también prueba que tener entrada al mundo de los lectores no es un fin en sí mismo tanto como una oportunidad de iluminar procesos profundos culturales, políticos y sociales con nueva luz.

El libro provee un muy buen recorrido de la historia de la noticia, sea manuscrita o impresa, desde la temprana modernidad en Europa hasta la Revolución de Mayo, e introduce una categorización operativa por demás útil para clasificar estos tempranos textos coloniales manuscritos e impresos. Pero donde nosotros encontramos la apuesta fuerte es en la raíz teórica. No sólo maneja con soltura conceptos propios de un historiador de la lectura como oralidad secundaria, espacios de sociabilidad y el universo de impresos clandestinos que circula por entre las fisuras del control estatal. Sino que en su necesidad de ir más allá de la mera descripción de la práctica y darle lugar dentro del concepto englobador de lo “comunicacional”, a estas herramienta le agrega la profundidad teórica de, por ejemplo, un Jürgen Habermas (2006) o un John Thompson (1998).

De especial acierto es el uso de las meditaciones sobre los medios del último, que permiten establecer un claro lazo entre el desarrollo tecnológico de la comunicación (fuerzas productivas diríamos nosotros) y los cambios en las prácticas sociales de la lectura. En este camino, e impelido por las características del restringido y poco desarrollado mundo impreso de fines del siglo XVIII, Díaz hace un muy buen trabajo con la “literatura menuda”, en especial los pasquines como relatados en publicaciones y escritos de la época.

Cerramos este apartado explotando la conexión entre la historia de la lectura y la historia de procesos mayores, que nos permite abrir el panorama y referir a bibliografía más bien perteneciente a la historia de las ideas, e incluso historia social. Es imposible construir un panorama complejo sin referir a obras clásicas como las de Chiaramonte (1989, 1997), Terán (2008), Halperín Donghi (1961), Goldman (2008), u otras más nuevas como la de Carozzi (2011). Como explicitamos más arriba, es en este punto de inflexión que esta el verdadero potencial de esta perspectiva.

Hacia un estado de la cuestión: Pensar la “literatura menuda”.

A partir de lo arriba presentado, hemos configurado un espacio de trabajo que responde a nuestras inquietudes. Como hemos repetido ya, nos interesa aproximarnos a la historia de la lectura como un medio de descripción de prácticas y usos sino que utilizando sus herramientas y conceptos pretendemos perseguir conexiones más profundas que los cuales estos actos son reflejo. Cambios de consciencia y su relación con el modo en que se vive, y de deja de vivir. En el apartado final retomaremos esta línea más teórica.

Aquí lo importante que se desprende es que rastrear estas prácticas nos lleva a abandonar las altas esferas que estaban reservadas a los libros durante gran parte del siglo XIX, y sumergirnos en el mundo de la “literatura menuda”. Los “bandos, proclamas, circulares, oraciones patrióticas, partes, oficios, dictámenes, manifiestos, prospectos, actas, discursos, reglamentos, exposiciones, avisos, letreros, papeletas, recibos, etc.” (Parada, 2007: 72). A pesar de los problemas heurísticos que esta búsqueda implica, proponemos que este proceso es rastreable en las fuentes. Si bien es cierto que hay cuestiones heurísticas a pensar y superar (como Parada se encarga de señalar con extensión, lamentando especialmente no tener acceso al lector real a través de “marginalia”, como en conocidos casos ingleses [2007]), es nuestra convicción que podemos acceder al lector ideal a quien dirige la producción el editor.

Desde esta perspectiva, lo estrecho del mercado antes de 1880 puede probar ser un punto a favor de la investigación, pues la producción por suscripción, así como el constante reciclar de equipos editoriales y publicaciones nos permite visualizar un dialogo fluido entre la pequeña pero expansiva base de consumidores y los productores. El mercado está en el centro de la cuestión. Si bien es cierto que lo político es de peso, en especial durante el gobierno de Rosas, proponemos que la relación se puede entender en el otro sentido: es la ausencia de mercado estructurado lo que permite la manipulación mediante mecenazgo y censura, es la tradición impresora la que posibilita que la iniciativa liberal de los '80 se coagule en un cambio concreto.

La preeminencia de lo político en la escasa bibliografía se suma al hecho de que la mayoría de los trabajos que reseñan publicaciones periódicas e impresos menores decimonónicos lo hacen desde otras perspectivas e intereses. Especialmente los estudios más antiguos, como *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica desde 1810 hasta 1820* (1972) de Oscar Urquiza Almandoz; *Gaceta de Buenos Aires desde 1810 hasta 1821...* (1875) de Antonio Zinny; o *Aparición de los géneros periodísticos en la época colonial* (1945) de Ángel Rivera. Aunque sean sólo reservorios de fuentes, como el caso de Zinny, estos libros obedecen a preocupaciones políticas antes que nada, lo que se trasluce especialmente en los cortes temporales.

De aquí se desprenden dos cuestiones. Primero, el estado de los estudios bibliotecológicos sobre impresos de circulación periódica. Salvo por contadas excepciones, como el índice bibliográfico de colecciones de publicaciones periódicas disponibles realizado por Ardissonne (2000), una verdadera brújula para cualquiera que quiera sumergirse en el campo, no existe mucho trabajo realizado en el tema. Sabor (introducción a Ardissonne, 2000: 7) señala que este espacio de interés “no es de los más frecuentados en la bibliografía argentina”, y si queremos encontrar precedentes debemos retroceder tanto como hasta el siglo XIX, con aportes como el de Zinny antes citados. Material hay mucho, Ardissonne reseña entre colecciones en bibliotecas y ediciones facsimilares más de 270 publicaciones, pero en ausencia de más índices como el citado, la mayor carga de la investigación termina siendo gastada en lo heurístico y no en lo conceptual.

Segundo, la cronología aceptada, y cristalizada en el libro de Buonocore, es la que ve una explosión de impresos que sigue a la Revolución de Mayo, que se sostiene e incrementa bajo la paternal vigilia de Rivadavia. Para luego caer los impresos en una edad oscura de la mano del tirano Rosas, enemigo de toda manifestación cultural. Las letras argentinas subsisten en el exilio (donde sostienen iniciativas editoriales propias), y sólo con la restauración que trae Mitre encontrar un clima propicio para volver. Los desarrollos del Estado argentino de los años siguientes, especialmente la institución de la escuela y la expansión del mismo Estado administrativa y espacialmente, crearan la escena necesaria para el ingreso en la modernidad editorial.

Si no todos los trabajos más actuales se pliegan explícitamente a este marco cronológico, principalmente porque ninguno se encarga de abarcar el siglo XIX como una unidad de análisis, nadie la combate abiertamente. Es cierto que hay una innegable superposición entre el desarrollo de la cultura impresa y los tiempos políticos. Definir una fecha de inicio de un análisis necesariamente nos refiere a hitos político-sociales como la fundación del Virreinato del Río de la Plata, porque implica la importación de la imprenta, o la Revolución de Mayo, porque libera viejos yugos editoriales. Pero esta no es una relación para dar por descontada, sino para ser explorada en el centro del análisis

¿Qué hay del rico mundo de pasquines y publicaciones populares que sembraron el imaginario federal? Rosas antes que prohibir todo impreso y expresión cultural, tomó control de ellos para el beneficio de su régimen. Incluso lo popular de las bases sobre las que se apoyaban su poder nos lleva a pensar que en su gobierno lo impreso (aunque no como lo pensaban los liberales exiliados) alcanzó a nuevo público. No lo sabemos a ciencia cierta porque no es un trabajo realizado, pero desde aquí lo presentamos como un punto de interés nodal de nuestra futura tesis.

Otros libros que no pueden dejar de nombrarse son el clásico recorrido por la historia del diario de Georges Weill *El Periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica* (1962), que abunda con profundidad de análisis en los por qué y cómo este génesis en la temprana modernidad.

Desde un lugar de preocupación por el periodismo, como es el caso de Díaz (cuyo trabajo con impresos “menudos” ya referimos en el apartado anterior) se encuentra *Las revistas ilustradas en el siglo XIX* (1996) de Diana Cavalaro, el listado más comprensivo de publicaciones periódicas en el período estudiado. También como Díaz, la autora es más que consciente de las relaciones profundas que competen al mundo de los impresos: “El desarrollo tecnológico de este medio de comunicación, su relación con el público, la función que cumple con respecto a las estructuras sociales, sus respuestas en el campo estético, se vinculan con la evolución política, cultural y económica de la Argentina” (7).

Define a las revistas como publicaciones periódicas “que participan del carácter del libro, y al propio tiempo, del diario [...], destinadas a difundir trabajos de cualquier

materia”. Aunque advierte que “teniendo en cuenta ya las pésimas condiciones materiales para la aparición e impresión ya la ausencia de autonomía del campo cultural con respecto al político durante casi todo el siglo XIX, resulto difícil atenerse a una definición adecuada del término revista para ese periodo” (7). En su completo recorrido por las revistas decimonónicas, pone especial atención no tanto en lo político sin el mercado al que las publicaciones apuntan y los desarrollos técnicos que posibilitan, o restringen, su evolución. Comienza por las publicaciones de la última década del gobierno colonial como *El Telégrafo Mercantil...* y *La Gazeta de Buenos Ayres*, pasa por interesantes casos como *La Abeja Argentina* o *La Moda*, arriba al mercado editorial moderno con *La Patria Argentina* y *El Mosquito*, para arribar al siglo XX, recorriendo en su camino muchos más casos de los aquí nombrados. El detallado catálogo de Cavalero nos abre un campo de trabajo más que apto para comenzar a rastrear al lector popular y la evolución de la consciencia moderna en la Argentina, por lo menos sobre la base de los impresos.

Algunas de las fuentes nombradas existen en forma de ediciones facsimilares, y cuando no, son accesibles tanto en centros documentales y bibliotecas como en catálogos editoriales. Esta dirección al mismo tiempo señala la necesidad de un trabajo documental que aún está por realizarse. En particular resulta interesante, siguiendo sosteniendo nuestro interés por el desarrollo del mercado editorial de impresos más populares como un factor de peso en la investigación, el análisis que puede realizarse sobre la publicidad presente en las publicaciones. Tanto en sus comienzos sencillos como hacia fines del siglo XIX, cuando su venta en mayor escala, posibilitada por el desarrollo general del mercado, fue uno de los factores principales en la masificación y modernización de los impresos.

Analizar la publicidad (algo que ensaya Parada sobre los anuncios de librerías de la *Gazeta*) en las fuentes es una plataforma para pensar el desarrollo de la representación de la mercancía en la Argentina del siglo XIX, su construcción como el objeto último de deseo en la sociedad capitalista. No se le puede dar demasiada importancia a este trabajo, pues no sólo significa enfrentar un aspecto clave en la conformación de la conciencia capitalista, sino que es vital a la comprensión de la percepción y apropiación del objeto cultural impreso en sí. El nacimiento casi simultáneo de las publicaciones periódicas y la publicidad en el Virreinato, y su posterior relación inseparable, es prueba que si bien lo endeble del

mercado editorial argentino lo sometía a ser subsumido por la esfera política, algo que todos los autores señalan en uno u otro momento, esta cesión de autonomía nunca se dio sin lucha.

Conclusión: Hipótesis de trabajo hacia la comprensión del lector decimonónico argentino.

Si bien la totalidad del objeto impreso es producto del mercado a cuyas necesidades responde, el apartado publicitario es el espacio donde su huella es más fuerte. En su lectura se busca, hasta donde las fuentes y las herramientas teóricas nos permitan, reseñar la evolución del lector al cual está dirigida. O sea, el consumo y los consumidores. Por eso proponemos rastrear la presencia y disposición de publicidades, así como el cambio de esta práctica a lo largo de los años. De allí que recurramos a las herramientas que nos provee el análisis cultural de tradición marxista, no sólo por afinidad teórica sino por su idoneidad a la hora de pensar el cruce entre cultura y mercado.

Lo que debemos capturar son “los nervios, la sangre, las fibras de [la] experiencia” (Williams, 1997b; 227), pues en esa relación presente de constante cambio en la que se definen mutuamente el lector y la lectura se está poniendo en juego la construcción del mercado y las prácticas culturales modernas. Un proceso que si bien no cubre por completo la complejidad, si es parte vital de la transición a una conciencia capitalista. “En todas las actividades que efectuamos dentro del mundo no producimos solamente la satisfacción de nuestras necesidades, sino también nuevas necesidades y nuevas definiciones de necesidades” (Williams, 1997a; 110). La aparición del deseo en sentido moderno (Jameson, 1981) y de la construcción de las comunidades imaginadas nacionales (Anderson, 1993).

Williams incluso nos provee con el lenguaje para describir ese espacio, la “estructura del sentir”, “significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente” (1997a; 155). Aunque deliberadamente evita la palabra experiencia, por su connotación hacia el pasado que anula la intención “viva” de la enunciación, el trabajo de E.P.

Thompson (1989) sobre este concepto representa también una gran herramienta. José Luis Romero (2008), más cerca de nosotros, también se ocupa de ese espacio entre lo concreto y la conciencia, donde se hace el “sujeto histórico”. Aunque no exactamente homologable, un concepto operativo de gran valor que se acerca a las necesidades del estudio, y que cuenta con la ventaja de haber sido creado para pensar la práctica de la lectura, es el “horizonte” como es descrito dentro de la teoría de la recepción de Jauss (1981). El espacio donde es llevada a cabo la apropiación del texto, y donde confluyen tanto la materialidad del producto con la experiencia y la expectativa del lector.

Apoyándonos en estas perspectivas nosotros interpretamos la caracterización de 1880 como la inauguración del mercado editorial moderno argentino, no como un punto de partida, sino como la cristalización de un proceso previo en cuyo seno se desarrollan a la par mercados y prácticas. Por detrás, se encuentra el problema del proceso de cambio que introdujo a la Argentina en la modernidad, no en el discurso de los prohombres, sino en las prácticas concretas de la población general. La conciencia moderna, su origen y configuración, como forma nueva de concebir y actuar en el mundo. Si en 1880, la Argentina atraviesa el umbral hacia la modernidad, o por lo menos se pone en firme marcha hacia ella, la pregunta es por el proceso que antecedió ese quiebre ¿Cómo se gesta un cambio tan profundo a nivel social? ¿Cómo cambia la forma de experimentar la vida de tantos? Esta pregunta es por aquellos que en el pasado, pero sobre también sobre nosotros mismos.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas*, México D.F.: FCE.
- Ardissone, Elena (2000), *Publicaciones periódicas argentinas*, 2° edición corregida y aumentada, Cuadernos de Bibliotecología N° 19, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas-UBA.
- Arfuch, Leonor (2002), *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Batticuore, Graciela (2005), *La mujer romántica: Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, Buenos Aires: Edhasa.
- Buonocore, Domingo (1947), *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino*, Bs As: Bowker.
- Carozzi, Silvana (2011), *Las filosofías de la revolución. Mariano Moreno y los jacobinos rioplatenses en la prensa de Mayo: 1810-1815*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Cavalero, D. (1996), *Las revistas ilustradas en el siglo XIX*, Bs. As.: Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- Certeau, Michel de (2000). “El lector como cazador furtivo” en *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, pp. 177-189.
- Chartier, Roger (1994), *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.
- (1999), *Cultura escrita, literatura e historia: Coacciones transgredidas y libertades restringidas*, México: FCE.
- Chiaromonte, José Carlos (1989), *La Ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*, Buenos Aires: Puntosur Editores.
- (1997), *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires: Ariel.

Costa, Maria. Eugenia (2009), “De la imprenta al lector. Reseña histórica de la edición de libros y publicaciones periódicas en Buenos Aires (1810-1900)”, en *Question*, N° 23, pp. 1-13.

Darnton, Robert (1991), “Historia de la lectura” en Burke, Peter (ed.), *Formas de hacer la historia*. Madrid: Alianza, pp. 177 – 208.

----- (2009), *La gran matanza de gatos : Y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México: FCE.

----- (2010), *El beso de Lamourette : Reflexiones sobre historia cultural*, Buenos Aires: FCE.

De Diego, José Luis. (dir.) (2006), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires: FCE.

De Sagastizábal Leandro (1995), *La edición de libros en la Argentina. Una empresa de cultura*, Bs As: Eudeba.

----- (2002), *Diseñar una nación: Un estudio sobre la edición en la Argentina del siglo XIX*, Bs. As.: Norma.

Diaz, César “Tato” (2012), *Comunicación y Revolución 1759-1810. Esfera y espacio público rioplatense. Periodismo/censura/prácticas y ámbitos de lectura*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicaciones.

Gentile, María Beatriz (2002), *La prensa insurgente en la Independencia Hispanoamericana. 1808-1830*. Tesis Doctoral. Universidad Nacional de La Plata. La Plata.

Goldman, Noemí (dir.) (2008), *Lenguaje y Revolución. Conceptos políticos clave en Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires: Prometeo Libros.

Habermas, Jürgen (2006), *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Halperin Donghi, Tulio (1961), *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*, Buenos Aires: EUDEBA.

Jameson, Fredric (1981), *The Political Unconscious. Narrative as a socially symbolic act*, Ithaca, NY: Cornell University Press.

Jauss, Hans R. 1981. "Estética de la recepción y comunicación literaria", en *Punto de Vista*, año IV, N° 12, pp. 34-40.

Maggio Ramírez, Matías (2008), "Un puro vegetar. Representaciones de la lectura en el Semanario de Agricultura, Industria y Comercio (1802-1807)". En Paulina Brunetti (et. al.). *Ensayos sobre la prensa. Primer Concurso de Investigación en Periódicos Argentinos en Homenaje al Prof. Jorge B. Riviera*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.

Mariluz Urquijo, J. M. (1999), "Ideas y creencias" en *Nueva Historia de la Nación Argentina*, T. III Periodo español (1600-1810), Buenos Aires: Planeta. pp. 195-246.

Martínez Gramuglia, Pablo (2010), "A la búsqueda de lectores: El Telégrafo Mercantil" en *Question*. Vol. 1, no. 27.

<<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/viewArticle/1000>> [Consulta: 24 de noviembre de 2012].

Parada, Alejandro (2005), *El orden y la memoria en la librería Duportail hermanos: Un catálogo porteño de 1829*, Bs. As.: UBA.

----- (2007), *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

----- (2009), *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*, Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.

----- (2012), *El dédalo y su ovillo: Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas.

Rípodas Ardanaz, D. (1999), “Libros, bibliotecas y lecturas” en *Nueva Historia de la Nación Argentina*, T. III Periodo español (1600-1810), Buenos Aires: Planeta. pp. 247-279.

Romero, José Luis (2008), *La vida histórica*, Avellaneda: Siglo XXI.

Sabor Riera, María Ángeles (1990), *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires: UBA.

Terán, Oscar (2008), *Historia de las ideas en la Argentina: Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo XXI, Fundación OSDE.

Thompson, E. P., (1989), “Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial” en Thompson, E. P., *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, 3ra edición, Barcelona: Editorial Crítica. 239-293.

Thompson, John (1998), *Los media y la modernidad*, Barcelona: Paidós.

Weill, Georges (1962), *El Periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*, México: UTEHA

Williams, Raymond (1997a), *Marxismo y literatura*, Barcelona: Ediciones Península.

----- (1997b), *Solos en la ciudad: La novela inglesa de Dickens a D.H. Lawrence*, Madrid: Debate.

Wittman, Reinhard (2011), “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?“, en Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger (dir.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Buenos Aires: Taurus, pp. 353-386.